

L I T E R A T U R A

Llama de amor vivo

(PRIMERA PARTE)

I

LAS estrellas brillaban altas en el cielo, muy por encima de las cumbres del Iztaccíhuatl y del Popocatepetl. Una suave brisa meneaba dulcemente las ramas de los árboles y jugaba entre los maizales cercanos. En la dirección de la capital del virreinato de la Nueva España se oían a intervalos ladridos de coyotes. Las cuestas de las montañas estaban bañadas de luna y en la cumbre del Iztaccíhuatl dormía una mujer hecha de plata.

En la hacienda de San Miguel de Nepantla todo estaba en reposo, excepto por el interrumpido vuelo de los murciélagos entre el alero de la casa y la huerta y el grito agudo de algún pájaro perdido en la noche. La noche era como un jardín de encanto ante los ojos del Señor.

En el jardín caía gota a gota el agua de una fuente y azucenas y claveles embalsamaban el ambiente. Más de treinta millas hacia el noroeste dormía la ciudad de Tenochtitlán. Eran las diez de la noche del doce de noviembre del año de 1651.

En la espaciosa casa de campo se paseaba un hombre. Alto y robusto, el vigor que revelaba su figura no armonizaba con cierta sensación de miedo que traicionaban sus movimientos. Andaba por el corredor de la casa este hombre, y de vez en cuando daba grandes suspiros en los cuales parece que se le salía el alma. Cuan-

do pasaba por los rincones oscuros su cigarro brillaba como un rubí. Había un contraste cabal entre la tranquilidad y transparencia de la noche y la inquietud del hombre. ¿Qué ideas turbaban la serenidad de esa mente? ¿Qué acontecimientos habían roto la calma de don Pedro Manuel de Asbaje y Vargas Machuca? Pronto lo sabremos.

En el interior de la casa se oían voces de mujer, rápidos movimientos de pasos, apagadas voces. En una habitación interior que llamaban "la celda" había una luz encendida. De pronto, don Pedro Manuel se paró frente a la puerta y mirando al interior de la casa, gritó:

—¡Francisca de Jesús!

Una mulata apareció; sus dedos jugaban con los flecos de su rebozo pero su rostro no demostraba inquietud ni angustia.

—¿Qué manda vuesa merced? —dijo la mujer con voz medida.

—¿Hay alguna novedad? —inquirió el caballero.

—Todavía no, señor, pero dice doña Encarnación que ya no dilata.

Diciendo esto la mujer dió media vuelta con la naturalidad de un torno y desapareció en la oscuridad del zaguán.

Allí se quedó don Pedro Manuel como una sombra triste, como un dibujo de hombre, mientras los murciélagos hacían zig-zags en el aire, rozaban las cornisas con sus frías alas y amenazaban a cada rato los vidrios de las ventanas; allí se quedó como si estuviera vacío.

Una hora larga debe de haber transcurrido; una hora de esas que se arrastran con lentitud de caracoles. El caballero había continuado sus paseos; había descendido a la huerta y se había sentado al pie de un robusto mango. Luego había vuelto al corredor de la casa. La mancha de Francisca de Jesús volvió a caer en la blancura de la puerta. Esta vez ella habló sin haber sido interrogada:

—Vuesa merced es padre.

Don Pedro Manuel se precipitó en el interior de la casa, pero antes de entrar en "la celda" fué detenido por los varoniles brazos de Encarnación que decía:

—No os precipitéis, señor, que mi señora doña Isabel ahora está muy débil y no sería bueno darla impresiones fuertes.

El caballero estaba pálido y palpitante. Obedeció a la mujer y preguntó:

—¿Fué acaso varón?

—No se desilusione buesa merced —exclamó Encarnación—, fué niña, pero más que niña es una perla, una estrella. Se desprendió del cuerpo de su madre como una rosa, y ahí está, entre tibios pañales, respirando con suavidad y dulzura.

Don Pedro Manuel no dijo nada y esperó hasta que Encarnación le dijo que podía entrar. Abrazó a doña Isabel y le bañó el rostro con sus lágrimas. Doña Isabel hundió sus largos dedos en los cabellos de don Pedro Manuel y le murmuró al oído:

—Ya tienes una hijita, Pedro. Alabemos al Señor que nos ha concedido esta gracia.

Don Pedro Manuel cayó de rodillas junto al lecho de doña Isabel y sus dos almas se levantaron purísimas al cielo en una sola plegaria. Encarnación, con la criatura en los brazos, los miraba con ojos de miel. El silencio de la habitación estaba florido como un almendro. Con una timidez de varón fuerte, don Pedro se acercó a su hija, la tomó en sus rudas manos, como si fuera un pétalo, y con sus labios trémulos la besó en la frente. La criatura abrió los ojos y un torrente de suave luz inundó el alma del padre. Don Pedro Manuel nunca había sentido esa laxitud en los miembros. Devolvió a doña Encarnación la preciosa carga y sin decir palabra se salió del aposento.

La mujer se lo quedó mirando y exclamó:

—Mientras más vivo más misteriosos y raros encuentro a los hombres. He aquí al gavilán convertido en paloma.

Doña Isabel se sonrió al oír la salida de la buena mujer y sus ojos siguieron la figura del caballero con una honda comprensión. La niña empezó a agitarse entre los brazos de doña Encarnación. Doña Isabel la reclamó a su lado y le dió su seno tibio y abundante.

Así vino al mundo Juana de Asbaje y Ramírez.

II

Dicen que nunca habían visto en la jurisdicción de Amecameca una criatura más graciosa. La niña tenía bastante pelo para que su madre se lo atara con cintas rosadas y le hiciera toda suerte de cachirulos.

Abría la boca Juana para emitir esos sonidos tan naturales en los niños y ya andaba a gritos Encarnación.

—¡Ay, Dios de Misericordia, que mi niña nos está diciendo unas cosas que ni mujer! ¡Si parece que ya conoce la vida!

Si sus vivos y negros ojos seguían el vuelo de una mosca, ahí estaba el padre Muñoz, vicario de Amecameca, comentando:

—¡Alabado sea Dios! ¡Y qué prodigio es éste que tenemos! Parece que esta criatura hará milagros. En todo se fija; el ruido de un vaso la distrae, las voces la encantan, el vuelo de los insectos parece que la arroba.

* * *

Empezaba a dar los primeros pasos y a balbucear las primeras palabras. Era una fiesta para doña Isabel seguir los movimientos de la niña. Se apoyaba la pequeña criatura en las sillas y pedía la mano de la madre. Se distraía con el movimiento de las cosas y un día ¡oh terror de doña Isabel! la encontraron jugando con una araña. El animalito no huía; permanecía hipnotizado por la niña.

Le gustaba salir al jardín en brazos de Encarnación y se reía mirando las abejas. Había descubierto los volcanes y sus ojos volaban como pájaros por el cielo.

Era muy parlanchina. Jugaba con los objetos más pequeños —plumas, papeles, hojas— y siempre estaba conversando con las cosas. Este monólogo constante (que para ella era diálogo) llamaba mucho la atención de los mayores. Dicen que el Padre Muñoz exclamó cierta vez:

—Esta va para bachillera.

El canto de los pájaros la llenaba de regocijo; se despertaba al alba y se quedaba quieta en la cuna escuchando sus trinos. La fascinaba la luz y extendía sus brazos hacia la llama, sin temor.

Así fué creciendo, y antes del año corría por los cuartos y se escapaba a la huerta con gran escándalo de Encarnación que salía tras ella dando gritos. La niña gritaba también alborozada, florecían todos los árboles y los ángeles blancos pasaban por el aire.

Don Pedro Manuel de Asbaje, muy serio, contemplaba ese cuadro y se le humedecían los ojos. Su gran ternura no podía expresarse en palabras; pero como el tronco viril sentía que le nacían ramos y flores en el pecho y en las piernas. Don Pedro Manuel era tímido y sentía el rubor de los fuertes frente a esa ternura que le brotaba a chorros. Por eso, la niña prefería la compañía de doña Isabel y los brazos tibios de su nodriza Encarnación.

Un amor espontáneo había juntado esas dos vidas. Isabel, desafiando habladurías y comentarios, había aceptado al apuesto don Pedro Manuel. Les unía el vínculo más sagrado de ese amor que es mandato interno y goce terrenal. Había sobre esa felicidad una gran sombra que los amantes querían ocultar y que fué temporalmente disipada con el nacimiento de la niña Juana. Pero don Pedro Ramírez, hombre honrado y de carácter, quiso llevarse a su hija y a sus nietas a otra hacienda llamada Panoayan, acaso para llevar a cabo algún pensamiento de viejo egoísta. El hecho fué que Isabel abandonó al poco tiempo la región de Nepantla.

Panoayan estaba situada cerca del pueblo de Amecameca. Era una hacienda extensa, con una docena de casas de adobe para servidores y esclavos y una casa principal de gruesos muros, rejas de hierro y rojizo tejado. Tenía esta casa una graciosa capilla, fresca y blanca, donde dormía el silencio de las azules tardes bajo la mirada de la Virgen María. Desde el portal se veía gran extensión de terreno donde pacían bueyes y mulas.

A un lado de la casa pasaba el río Panoayan, pequeño y juguetón, saltando por entre rocas y piedras pulidas. El río recogía la imagen de la casa familiar, de personas y animales, y luego se perdía detrás de una colina. Por las tardes, el Sacromonte, herido por el sol, se coronaba de rosas, llamarada de cumbres. El sol caía allí como lluvia de saetas y sólo era vencido por la inaperturbable blancura de la "Solitaria Durmiente" de las cumbres.

Ausente don Pedro Manuel de Asbaje el abuelo pasó a ser la figura tutelar. La hermanita mayor de Juana, Josefa María,

correteaba en la margen del río bajo la mirada protectora del anciano. Juanita trataba de seguir los juegos de su hermana pero el temeroso caballero no lo permitía y daba fuertes gritos a la esclava Catalina y al negro Andrés para que la detuvieran. Como explicación decía el buen don Pedro: "Las aguas de ese río son traicioneras", lo cual hacía sonreír a los esclavos que no comprendían qué traición podía haber en esa corriente tan pequeña.

III

Todos los días cuando el sol caía por la cuesta de la montaña en gloriosa abundancia, iba la hermana mayor de Juana a una casa que por allí cerca estaba con su libro y sus útiles de escribir. Juana seguía detrás, en dulce compañía por la senda que las llevaba en unos minutos a casa de la maestra. Era ésta una joven de suaves ojos, manos blancas y afiladas, movimientos reposados; hablaba con voz cálida y tierna a sus alumnos y ellos la llamaban "amiga" y no "maestra", en señal de querencia y amistad. Mientras la hermana mayor se afanaba trazando letras, conjugando verbos y dibujando figuras, Juana pretendía jugar con sus muñecas, pero no perdía palabra ni gesto de la maestra; la cual no se fijaba en ella porque ¿qué interés por la lectura podía tener una niña de tres años? Pero, cuál no sería su sorpresa cuando una tarde Juana, mirándola con sus claros ojos muy abiertos, le dijo:

—Mi madre desea que me dé lección, como a Josefa María.

—¿Estás segura de que tu madre así lo ordena? preguntó la maestra.

—Sí, "amiga", dijo la niña, bajando esta vez los ojos al suelo.

Comprendió el engaño "la amiga", pero también pudo ver en los ojos de la niña una especie de resplandor y que su interés era mayor que su travesura. Y así haciendo como que creía comenzó a dar las primeras lecciones a una criatura que apenas podía pronunciar bien las palabras; "en el balbucir de la niña aún no era posible discernir si los yerros que pronunciaba eran del pico o la rudeza."

Empezó por enseñarle el uso de las letras, mas la niña inquieta, quiso leer de corrido las palabras enteras con tal seguridad que la "amiga" se convenció de que estaba en presencia de un prodigio.

Iba Juana a la maestra todos los días, más en son de juego que de estudio, porque doña Isabel todavía no se había dado cuenta de lo que pasaba. Pero un día, viéndola hojear con interés un devocionario, le preguntó:

—¿Qué interés puedes tener en mirar las páginas de ese libro, Juanita?

La niña creyó que había cometido seria falta y contestó:

—Perdón, madre; la "amiga" me ha dado ya lección y comprendo lo que dice este devocionario.

Corrió la feliz madre a casa de la maestra y al saber la verdad cayó de rodillas frente a una imagen del Señor y le agradeció por haber dado a su hija el supremo don de la inteligencia.

Al volver a la alquería Juana esperaba el castigo por haber callado su secreto pero la madre llamando a Encarnación le ordenó: "Llévatela al huerto y dale a gustar la miel de ese panal que está próximo a la alberca." La niña, olvidando libros y juguetes, saltó alborozada en los brazos de la buena nodriza.

IV

Pero su afán de saber era mayor en ella que su afición por las hojaldres, las masitas, el alajú y el queso. Así, cuando alguien le dijo que el queso hacía rudos a los niños decidió no comerlo más porque en ella podía más el deseo de saber que el de comer.

Descubrió por ese tiempo la música del verso y el encanto de las rimas y sola, en algún rincón de la casa, se entretenía en rimar sus pensamientos. Era para ella natural hacerlo así porque su oído musical le hacía áspera la prosa de los rústicos; leía con especial agrado a esos autores que intercalan en los capítulos estrofas e iba a la misa de los domingos ansiosa de oír de boca del cura las secuencias religiosas. Se pasaba largas horas repitiendo: "Arca de David, ora pro nobis. Torre de marfil, ora pro nobis." Y hasta llegó a aprenderse de memoria panegíricos y oraciones fúnebres.

Su madre, sus abuelos y sus amigos se maravillaban de este don y la oían hablar como quien escucha el chorro de una fuente o el murmullo del viento entre cañaverales. Sólo la rústica nodriza, Encarnación, miraba estas gracias de "su niña" como arte del demonio que quería hacerla caer en tentación. Y en una ocasión que la reconvino y le habló de Satanás, la niña indagó con candor:

—¿Acaso Satanás no habla también en verso?

Lo más curioso en ella era que no se notaba el esfuerzo en la composición y parece que los versos estaban en su cabeza como las rosas en el rosal, ya formados y florecidos.

A los ocho años se desvivía Juana por los versos y por los libros. Preguntaba ella a su madre si no había libros en que se contaran historias de príncipes aventureros y de princesas enamoradas, de pastores que confiaban sus penas a los arroyos y a los árboles. Doña Isabel contestaba en forma evasiva y se arrepentía de haber permitido que Juana aprendiera a leer siendo tan niña.

Don Pedro Ramírez era un labrador bastante adinerado y de cultura muy avanzada para su tiempo. Tenía amigos doctores en la ciudad de México y más de un alto prelado le contaba entre sus predilectos. Leía a los poetas latinos en sus ratos de ocio y hasta se carteaba con ingenios de la corte. Su biblioteca, sin ser de esas que tenían los obispos, contaba con muchos libros varios, desde los santos hasta esos que las señoras no debían leer. La curiosidad de Juana Inés la llevó hasta este lugar reservado sólo al padre y en esos libros despició el deseo. Y cuando el abuelo se dió cuenta del desacato de la niña ya era muy tarde y fueron inútiles a detenerla las reprensiones cotidianas y los castigos mitigados. Una noche del mes de enero de 1655 don Pedro Ramírez se sintió mal. Llamó a su mujer y a sus hijas junto a su lecho e hizo testamento. Inútiles fueron los cuidados de curanderas, médicos y parientes, pues en una semana el abuelo partió de este mundo. Doña Isabel guardó algunos documentos legales en su bufete de caoba y se llevó a su aposento particular las dos cajas grandes de La Habana, cuatro cuadros de santos, cuatro sillas de espaldar y dos petacas de vaqueta, herradas, con sus llaves, que le había dejado un padrino suyo. Después, dirigiéndose a Juana Inés, le dijo:

—Viviremos siempre fieles a la memoria del abuelo.

* * *

El padre Francisco Muñoz, que vivía por allí a algunas leguas y que alguna vez se llegaba a casa de don Pedro Ramírez, afirma que una vez ofrecieron a Juana un libro para que compusiera una loa para una fiesta del Santísimo Sacramento. Trabajó la niña en un breve poema dramático y se ganó el premio, con gran contento de sus parientes y amigos. Y con gran sorpresa de ella que seguía pensando que hacer versos era la cosa más natural del mundo.

Un día domingo del mes de agosto de 1659 fueron de visita a la hacienda unos parientes de doña Isabel y dos amables sacerdotes de la ciudad de México. Mucho llamó la atención a los padres la inteligencia de Juana Inés y uno le preguntó:

—¿Has leído ya muchos libros?

—Algunas cosillas he leído, venerables Padre, contestó Juana. Muy provechosa me ha sido la Doctrina de fray Toribio de Motolinía; de amena y agradable lectura una *Vida de San Francisco*, pero a éstas prefiero una *Historia Natural de esta Nueva España*.

—¿Qué clase de estudios te interesan más? insistió el sacerdote.

—Me agradan mucho los versos, Padre. Ya me sé de memoria varios de nuestra madre Teresa de Jesús. También conozco unos de nuestro padre Juan de la Cruz. Me gustaría leer obras de entretenimiento como unas que llaman de Caballerías que dicen abundan en España. También quisiera estudiar ciencias que he oído que en la Universidad de México se enseñan.

—Has de saber, hija, que en eso de las ciencias anda metido el demonio —observó el otro sacerdote, que era muy gordo y muy pacato.

—Pues yo sé, venerable Padre —agregó la niña— que en el Colegio de Santa Cruz dieron lección hace muchos años fray Andrés Olmos, que sabía una docena de idiomas; fray Juan de Gaona, que venía de la Universidad de París; el padre Bernardino de Sahagún, a quien mucho aman nuestros indios y fray Francisco de Bustamante, que habla como los ángeles.

—¡Dios nos ampare! —exclamó el buen sacerdote—. Pero en la Universidad ya comienza a levantar su cabeza la serpiente de la ciencia profana.

—¡No se asuste, padre! —dijo Juana—. Lo que yo quiero son los estudios de Teología, Sagrada Escritura, Gramática y Retórica, para hacerme menos tonta de lo que soy. Aquí, con los rústicos veo que me pongo más ruda cada día.

—¡Peligrosilla es la idea! —terció el primer religioso.

—Yo creo —continuó Juana— que podría hacer allá estudios de música, para comprender mejor la obra de Nuestro Señor; el poema de mi querido padre Luis de León me ha despertado el apetito de este arte. ¿Cómo no desear esa casa donde hizo sus estudios ese Fénix de los Ingenios que se llama Juan Ruiz de Alarcón?

Maravillados quedaron los santos varones de los conocimientos de tan tierna criatura y el más inteligente de ellos, empezó a sentir viva simpatía por la niña.

—He de contarte —dijo— algunos casos sorprendentes de hombres que han hecho estudios en nuestra Universidad. Ahí está el ejemplo de don Pedro de Paz Vasconcelos, ciego de nacimiento, que asistía a las clases y se hacía leer las lecciones de los libros y llegó a ser famoso abogado y por poco llega a ser profesor de Filosofía.

—Nuestro Señor le guiaba en sus estudios —observó muy seria la niña. Satisfecho el religioso con esta observación, continuó:

—Más notable es el caso de don Antonio Calderón, hombre de escasos medios de fortuna que leía los libros y luego los vendía reteniendo en la memoria todo lo que decían. Cuando los profesores le interrogaban don Antonio citaba las materias, los capítulos, y las páginas donde se hallaban. Pero yo mismo he presenciado un verdadero milagro en la persona de fray Francisco Naranjo, que dictaba a cuatro escribientes distintos asuntos y todos ellos constituían después tesis perfectas.

Abría mucho los claros ojos Juana y seguía sin pestañear el relato del fraile. Cuando éste terminó de hablar Juana abrazó a doña Isabel y le dijo:

—Madre, ruégote que me mandes a México, a casa de mis parientes para aprender lo que supieron esos doctos varones.

—Importuna estás, Juana —dijo la señora—. ¿No sabes que sólo los varones pueden acudir a las cátedras?

—Pues yo quiero que me mudes el traje y hagas creer que soy varón.

Se santiguaron escandalizados los dos religiosos; y doña Isabel, sin decir palabra, tomó a la niña de la mano y se la llevó al dormitorio.

V

Aquella noche, mientras croaban las ranas en la huerta, doña Isabel y algunos de sus parientes conversaban en la casa de campo.

—¿Qué hacemos con Juanita, doña Beatriz? Su inteligencia me da miedo, pero sería injusto dejarla en esta hacienda, entre criadas e indios. ¡Quién sabe si el Señor no la reserva para ejemplo de mujeres cristianas!

—Dura cosa es separarnos de ella, Isabel, pero tú tienes razón. Juana debe seguir estudiando y debemos pensar en llevarla a México.

—Nada nos agradaría más que tener en nuestra casa a nuestra sobrina, dijo doña María. Su esposo, don Juan de Mata, aprobó taciturnamente con la cabeza.

—Yo no sé por qué el Señor no la hizo como a su hermana, por qué le dió tanta inteligencia. Si no fuera por esa curiosidad que tiene por saber cosas no tendría que separarse de nosotros, volvió a decir su madre.

—¡Esa es la voz del egoísmo, Isabel! Debemos sacrificarnos y seguir los mandatos de la Providencia. Juana será nuestro orgullo y acaso un día el orgullo de nuestro pueblo. En casa de sus tíos le tomaremos maestros que la instruyan cristianamente. La compañía de Juana les será muy agradable, insistió doña Beatriz.

Pasaron largos momentos de silencio y otra vez se oyó la voz de doña Isabel:

—¿Y cree que Juana será feliz con sus parientes?

—Juana será feliz donde pueda leer libros y componer versos. El estudio es su vida. Aquí a nuestro lado crecerá de manera contraria a su natural temperamento.

—¡Tengo miedo, señora! ¡Ay, si esta niña fuera como su hermana! Pero si todos creéis que es para su bien la mandaremos a casa de mi hermana.

Así siguieron hablando los parientes de Juana y cuando les venció el sueño se oían en la lejanía los cantos de los gallos saludando a la aurora.

En una habitación inmediata Juana se preguntaba ¿por qué cantarán los gallos a esta hora? ¿y cómo será que a esta distancia yo puedo percibir el ruido que sale de picos tan pequeños?

Porque la niña tampoco había dormido pensando en esos varones que podían dictar a cuatro secretarios y recordar libros enteros de memoria. No podía pegar los ojos y ya se veía, vestida de hombre, pasando por los claustros de la Universidad, con los brazos llenos de Cartillas teológicas, breviarios, tratados de lenguas indígenas, y Doctrinas de los Santos Padres. Y no la rindió el sueño sino cuando los primeros rayos del sol empezaron a tejer arabescos en las ventanas.

VI

Y así fué como Juana pasó a la ciudad de México, que era por entonces una gran aldea rodeada por enorme laguna, con algunos templos, una catedral a medio construir, casas de uno o dos pisos, acequias y canales. En la parte central de la ciudad vivían unos ochenta mil españoles; y en los barrios que quedaban fuera de este centro, otros tantos indios. El contraste entre el centro y los alrededores era grande: lujo, bienestar, holganza a veces, en la ciudad; miseria y fealdad en las calles exteriores.

Nos cuenta don José Rojas Garcidueñas, al hablar de la capital de la Nueva España, que la vida era sosegada y tranquila; que en las fiestas la multitud llenaba plazas, calles e iglesias, saliendo a relucir los finos caballos y lujosos coches, y que la ciudad era de un aspecto brillante y pintoresco. Así ocurría en las fiestas de Corpus Christi, en Pascua y Navidad, y en el aniversario de la conquista de México por Cortés, cuando llegaba un virrey o un obispo, cuando nacía un príncipe, cuando llegaba una flota que se creía perdida, y hasta cuando la Inquisición ordenaba que algún pobre infiel fuera quemado en una plaza pública.

Cronistas antiguos y modernos nos han contado los detalles de las fiestas y de la vida del México de entonces, de esa ciudad tan llena de contrastes, con sus acequias fangosas y sus iglesias de ostentosos retablos; sus indios miserables y su pomposa corte; ciudad que mucha veces careció de maíz pero que siempre abundaba en obras preciosas de platería, porcelanas de la China, marfiles, sedas y joyas.

A este ambiente barroco, pedante, ostentoso por un lado, y triste y miserable por otro, llegó Juana de Asbaje en el año de 1659. Llegó con la ingenua apariencia de una niña de campo, pero con una dignidad impropia de sus años. Y los tíos la recibieron como un campo árido recibe la primera lluvia. Los tíos tenían mucho caudal y una de las buenas casas de la ciudad.

Su primer día de México fué toda una aventura. En la vestusta casa había jaulas con pájaros que Juana nunca había visto; un patio con flores y una fuente; largos corredores y ¡oh delicia! muchos libros de temas religiosos, y unos cuantos de asuntos profanos, novelas pastoriles y de caballería, versos del Divino Herrera, comedias de Lope de Vega, y hasta un libro del ángel de las tinieblas don Luis de Góngora y Argote. Todo eso lo descubrió la niña en pocas horas, y por la noche, ya en su lecho, mientras una lluvia menuda golpeaba los cristales, ella se prometía leer todos esos libros, y otros muchos que seguramente existían en todas las casas de la muy noble y muy leal ciudad de México.

Juana de Asbaje echaba de menos a aquella "amiga" que le había enseñado a leer. Sentía la necesidad de ser guiada en sus estudios, de compartir con alguien sus conocimientos, esa revelación del mundo que empezaba a orientar su vida. Los tíos, gente práctica, no se interesaban en las bachillerías de Juana. Su alma ardiente y deslumbrada ante los fenómenos del mundo quería abrirse y darse a alguien como una flor maravillosa. ¿A quién comunicar lo que ella ya sabía acerca de las estrellas, de las nebulosas, de los cometas? ¿Con quién compartir ese íntimo placer que producía en su alma la música? ¿A quién recitar esas loas que ella hacía a escondidas de la gente de casa? ¡Ah, si estuviera allí aquella amiga tan comprensiva y tan seria! Pero no, sólo un frío tintero ante sus ojos, sólo el blanco papel y la dura mesa. Verdad es que allí afuera estaban los pajarillos que cantaban intermina-

blemente. A veces Juana se extasiaba oyéndolos, pero ahora sus deseos iban por otro rumbo, y buscaba libros serios y dejaba de lado la poesía. Ahora quería saber más sobre la formación de la tierra y los mundos siderales; quería saber cómo funcionaba la máquina divina, cómo se mantenía vivo su cuerpo, qué fuerzas físicas empujaban al viento, qué misterio hacía florecer la rosa. Y se pasaba largas horas sentada, meditando, con mucha admiración de las criadas que se secreteaban que la niña era un poco lela.

Pero la gente culta entre los amigos se hacía ya lenguas de su sabiduría y de su gracia. ¡Era un milagro que una niña de diez años discutiera como los doctores y los sabios! ¡Y qué manera tan original de expresarse! Esto se debía, no tanto al talento natural de Juana, sino al hecho de que nunca tuvo maestros que la hicieran perder tiempo en nimiedades y tonterías. Juana ya empezaba a desconfiar de esas personas que creían que la ciencia y el conocimiento se oponían a la religión; ella pensaba lo contrario: que la religión era tan sublime que debía ser considerada como suma de todo el saber humano. Por eso las personas buenas la admiraban y la querían y los envidiosos —que eran muchos— se dolían de que una niña de tan pocos años supiera tanto de cosas profanas. Juana seguía fiel a los mandatos de su espíritu, sin envanecerse por los elogios y sin desalentarse por los gestos ni las palabras de censura. Los libros eran toda su alegría, su razón de existir. ¿Cómo creer que hubiera algo errado en esas dádivas de Dios? No, el mundo, creación del Señor, era una obra de prodigio y la inteligencia era el fuego que mantenía vivo al mundo.

Pero muchas personas admiraban a esta niña que se entretenía con los libros y con la observación de la naturaleza. El estudio ya era en Juana cosa seria, no juego. Ella misma nos explicó más tarde por qué estudiaba: “Yo no estudio para escribir, ni menos para enseñar, porque fuera soberbia, sino sólo por ver si con estudiar ignoro menos.” Por entonces decidió estudiar latín porque había mucho libro que ella no podía leer. Llamaron para el caso al bachiller Martín de Olivas, quien al ver a una niña tan pequeña se sonrió con esa malicia tan propia de los sabios, creyendo que Juana no estaba preparada para ese estudio. Pero el buen bachiller empezó a enseñar y la doncella a aprender con tal rapidez que en veinte lecciones ya estaba leyendo los libros santos y

los poetas romanos. A tal punto llegó la capacidad de Juana que en breve el maestro no tenía ya nada que enseñarle. La gente de México se admiraba de tales cosas "no tanto del ingenio, cuanto de la memoria y noticias que tenía en edad que parecía que apenas había tenido tiempo para aprender a hablar."

Notó un día una de las amigas de su madre que Juana se había cortado el cabello, por aquel tiempo el tesoro más cuidado entre las mujeres, y le preguntó:

—¿Por qué te has cortado el cabello, Juanita?

—Me he cortado cuatro dedos, señora, midiendo hasta donde llegaba antes, y si cuando vuelva a crecer hasta ahí no he aprendido ciertos puntos de gramática me lo volveré a cortar.

—Pero, hija mía, con tu inteligencia no debes usar esos medios.

—¡No hable de mi inteligencia, señora, que el pelo crece muy aprisa y yo aprendo muy despacio y me avergüenzo de mi rudeza.

—¿Acaso no sabes que las mujeres consideran que el cabello es su mejor adorno?

—Lo sé, señora, y por eso mismo lo hago, por muy bello que sea el cabello más hermoso es el conocimiento y no es justo que una cabeza desnuda de noticias esté vestida de hermosos cabellos.

Extrañada quedó la señora, y las palabras de Juana corrieron de boca en boca por la sociedad de la capital de la Nueva España. Corría así pues su nombre en alas de la fama, aunque Juana no se daba cuenta de ello. Su belleza se definía también. Sus ojos adquirían una brillantez poco común; sus abundantes cejas le daban ya una expresión de mujer; el fino arco de su boca y la finura de la nariz daban un aire aristocrático a su rostro ovalado. A pesar de su belleza Juana era un doncella recatadísima y discreta. El estudio la hacía muy seria y todos sus actos parecían más propios de persona madura que de niña. Su espíritu y su cuerpo se desarrollaban como flores perfectas.

Cuando en el año 1664 el Marqués de Mancera fué nombrado Virrey de México la fama de la niña llegó inmediatamente a sus oídos, y manifestó deseos de conocerla. Los parientes de Juana que ya andaban temerosos, por un lado de la popularidad de la joven, y por otro de su hermosura que la hacía ya blanco de

las miradas de todos los jóvenes, vieron la oportunidad de protegerla de los peligros naturales de su edad y la introdujeron en el palacio del Virrey, caballero bueno y culto que había sido embajador en Alemania y en Venecia y que llevaba a su corte todo el brillo de las mejores sociedades europeas.

Entró pues Juana en la corte a los trece años de edad y fué recibida con el título de "muy querida" de la virreina.

VII

Antes de seguir a Juana a Palacio, veamos por qué desde tan joven hizo poesía. Ya hemos notado como ella creía en su niñez que la manera de hablar era en verso y mucho se sorprendió al darse cuenta que la gente hablaba en prosa. Tenía pues el genio de la expresión poética pero como era tan modesta nunca ensayó obras de gran aliento si no fué solicitada. "Yo nunca he escrito cosa alguna por mi voluntad, sino por ruegos ajenos, de tal manera que no me acuerdo haber escrito por mí gusto si no es un papelillo que llaman 'el Sueño'."

Sin embargo, amaba entrañablemente la poesía y cuando se la criticaba por escribirla sacaba ella todas sus armas eruditas para defenderla.

"Es —decía— no sólo lícito, sino utilísimo y necesario a las mujeres el estudio de las Sagradas Letras y mucho más a las monjas. ¿Qué daño puede causar la poesía? Los versos fueron aplaudidos en bocas de las sibilas; santificados en las plumas de los Profetas, especialmente del rey David. Los libros sagrados están en verso y así tenemos el Cántico de Moisés, el libro de Job, los Epitalamios de Salomón. La iglesia católica los usa en sus hermosos himnos; muchos de los santos fueron poetas y hasta la Reina de la Sabiduría con sus sagrados labios entonó el Cántico del Magnificat."

—¿Cuál es el daño —se volvía a preguntar— que el verso tiene en sí? Hay que comprender que el mal uso no es culpa del arte sino del mal profesor que vicia los versos. ¿Y por qué no los puedo usar yo habiendo tantas que los han usado loablemente?

Así defendía ella su arte, la poesía en que ella conversaba con la Virgen, con los ángeles y con los hombres y mujeres de su tiempo. ¿Cómo condenar a esa milagrosa doncella que sabía rimar con tanto donaire y elegancia? ¿Cómo prohibirla que creara poesía a esa enamorada de la belleza clásica y cristiana que en un poema canta a Píramo y Tisbe, en otro al Divino Narciso y en otro a la Santísima Virgen? Por fortuna ella recibía las críticas y las contestaba con su claro ingenio, pero seguía escribiendo, fuerte y segura, escudada en su pureza y en su ideal.

VIII

El Palacio del virrey Mancera era, según nos dice el doctor Isidro de Sariñana, de estilo toscano; su fachada principal daba a la plaza mayor; tenía altas puertas de entrada y extensos patios, en el primero de los cuales vivían los virreyes. Se entraba a este primer patio por una puerta de piedra de cantería artísticamente labrada, y se veía en el centro una fuente, con taza y pilar de mármol que remataba un caballo de bronce. Tenía anchos corredores, altos y bajos, de columnas de piedra. A la mano derecha de una entrada había un cuerpo de guardia de cien infantes. En los altos estaba la vivienda de los virreyes montada con todo el lujo de habitaciones y camarines propio de tan excelsos personajes. A la mano derecha de la escalera estaba la puerta de una sala grande que por un pasadizo se comunicaba con el cuarto de la Marquesa de Mancera. Al lado norte estaba el cuarto del Virrey. Había también una galería de audiencias, un salón de juntas, y un salón de comedias con vista a los jardines.

Había un segundo patio que era el de la Real Audiencia. Una de las salas altas tenía paredes adornadas de una rica colgadura de damasco carmesí. En una de éstas había un retrato de Carlos Segundo y en otra un retrato de Carlos Quinto, del Ticiano. Está el rey a caballo, enteramente armado, con lanza en ristre, penacho carmesí, y banda roja. En lo alto había veinticuatro retratos de todos los virreyes de la Nueva España, desde Hernán Cortés hasta el Marqués de Mancera.

Llamaban al tercer patio "del Tribunal de Cuentas". Su puerta de cantería daba a la plazuela de la Universidad. En los bajos estaban las cocheras; en los altos el Salón de la Guardia de los Virreyes, "cuyas paredes, a solicitud de los soldados estaban religiosamente adornadas con lienzos grandes de los milagros del Rosario".

Al lado oriente estaba la Capilla Real, de perfecta arquitectura. El retablo del altar era corintio y con finos adornos y relieves. Había allí un cuadro que representaba el martirio de Santa Margarita, de mano de Alonso Vázquez, natural de Sevilla, cuya destreza compitió con la de Miguel Angel, en los dibujos y con la del Ticiano en los colores.

Este Palacio fué destruído en ese Motín de Indios de 1692, que en curioso y raro documento nos describe don Carlos de Sigüenza y Góngora.

IX

La vida del Palacio era grata; había allí ambiente de cultura mantenido por el Virrey y su espiritual esposa. En palacio había a menudo saraos, conciertos, y otras alegres fiestas. Jóvenes capitanes, nietos de conquistadores, nobles aventureros lucían sus figuras en los bailes; abates, teólogos, doctores, deslumbraban con su saber a las elegantes señoras; y poetas gongoristas recitaban sonetos hechos al itálico modo. La flor más hermosa de aquella corte era doña Leonor María de Carreto, Virreina de la Nueva España, y a ella iba como una ola ardiente la admiración de la juventud cortesana.

Cuando Juana de Asbaje llegó a la corte hubo un revuelo de curiosidad y admiración. Y una damisela recién llegada de Toledo exclamó al verla:

—Joven y bella es, pero paréceme rústica.

Se refería a la sencillez con que se presentaba Juana en palacio. Llevaba por dentro su elegancia y su aristocracia, como pronto tuvieron ocasión de verlo los mozalbetes presumidos y las altivas damas. Y a poco la acogieron con cordialidad y con amor; celebraban su agudeza y la rogaban que recitara sonetos y romances; era Juana, en una palabra, "el admirable blanco de todas las aten-

ciones." La Marquesa de Mancera la distinguió con su amistad y muy pronto "no podía vivir un instante sin su Juana Inés"; pero la doncella no dejaba por eso sus estudios "porque antes era proseguirlos a hablar con la señora virreina." Por cuatro años estas dos admirables mujeres se comunicaron su saber y su afecto: paseaban juntas leyendo poemas por los jardines del palacio; escuchaban arrobadas música de harpas y violines; y concurrían a las representaciones de autos y comedias que daban los aficionados. Varios sonetos dedicó Juana a su noble protectora, a su querida "Laura", como ella la llamaba en sus poemas. Tal amistad unió a estas dos mujeres que en una ocasión Juana, convaleciente de grave enfermedad, atribuye al amor de la marquesa su mejoría. Dirigiéndose a la muerte, dice la doncella: "¡Ay, Parca fiera, retírate, mira que sólo Laura manda aquí!" La muerte comprende tan gran afecto y se aparta, dejando que Juana viva para la Marquesa.

En medio de su agitada vida de palacio, admirada, aplaudida, cortejada, perseguida, y hasta envidiada, Juana encontraba en "Laura" un secreto asilo, un retiro donde descansar, un rincón de ensueño.

Una noche conversaba Juana Inés con la Marquesa en la cámara virreinal:

—Grande fortuna es para nosotros, Juana Inés, que hayas venido a embellecer nuestro palacio con tu presencia y a lucir tu ingenio en nuestras reuniones.

—¿Qué decís, señora mía? Gran honra es para mí pisar vuestras alfombras y frecuentar vuestros saraos. Por muy honrada me tengo de gozar de vuestra protección y amistad.

—Te veo un poco apartada, Juana Inés, del bullicio de nuestros salones.

—Mucho me place el regocijo de vuestra sociedad, Laura mía, pero mayor atracción tienen para mí los libros y los versos. Si es vuestra voluntad que yo asista a todas las fiestas, no faltaré, señora.

—Mal me conoces, amiga. Libre eres, Juana Inés, dueña de tu albedrío. Pero pareceme que no está bien en una joven de tan pocos años tanta dedicación a la ciencia y a las letras; y que sería propio de tu edad el gozar la compañía de la gente moza.

—Dejadme con mis caprichos y bachillerías, señora mía. Yo no aspiro sino al solaz de la lectura. ¿Qué mejor compañía que la del finísimo Gracián y la del canoro Lupericio Leonardo de Argensola? A cada rato descubro nuevos mundos y hago nuevas amistades con los sabios de épocas pasadas. Bien sabéis, señora, la poca disposición que tengo para las diversiones mundanas. Dejadme en la grata compañía de la Santa Madre Teresa.

—Y dime, Juana, ¿no se inclina tu afecto hacia alguno de los galanes que te celebran día a día? ¿No te lleva tu fantasía hacia un amor humano?

—Tengo, señora mía, una total negación al matrimonio. Mi deseo es vivir sola, sin tener ninguna ocupación obligatoria que distraiga mis horas, sin ruidos que interrumpan mi pensar. Cuando considero la brevedad de nuestro paso por el mundo y las cosas que hay que aprender no quisiera perder un solo instante en labores y quehaceres inútiles.

—Sabes, amada Juana Inés, que tu nombre es ya conocido en todo nuestro reino y que tienes el mundo a tus pies. Yo sé de varios caballeros que se desviven por agradarte; que darían su vida por una mirada ardiente de tus ojos. A propósito, andan por ahí unos versos tuyos que dicen:

Al que ingrato me deja, busco amante;
Al que amante me sigue, dejo ingrata;
Constante adoro a quien mi amor maltrata;
Maltrato a quien mi amor busca constante;

y que podrían interpretarse como una oculta pasión.

—Pues no lo es, mi dulce Laura. Pura agudeza de conceptos y ejercicio retórico. Los amores del mundo no me interesan. Aun ese soneto que vos conocéis, que empieza:

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
como en tu rostro y tus acciones vía
que con palabras no te persuadía
que el corazón me vieses deseaba,

es sólo entusiasmo lírico, deseo de disertar sobre ese enemigo del alma que es el amor mundano.

—Pues quien lea tus sonetos en el futuro seguramente hablará de tus conquistas y de tus decepciones; de las tragedias de tus admiradores; de tus sufrimientos amorosos; acaso de tu drama sentimental. Tan bien has logrado penetrar la psicología del amor que tus versos quedarán como ejemplos perdurables de intuición femenina.

—¿De qué futuro habláis, Marquesa? ¿Quién se acordará de esta humilde moza cuyo único mérito es amar el estudio y la meditación? No. No soy tan soberbia para creer que la posteridad se acordará de mí.

Así hablaban las dos amigas aquella noche mientras sonaban las campanas de la catedral de México.

X

A tal punto llegó la fama de Juana Inés que la gente se preguntaba si su sabiduría era infusa, es decir, comunicada directamente por Dios y esparcida en su alma, o adquirida. El mismo virrey Mancera se preocupó de la cuestión y para solucionarla juntó en su palacio a todos los hombres de letras y de ciencias de la Universidad de México. Llegaron pues un día convenido hasta cuarenta sabios de varias profesiones e intereses dispuestos a sondear el entendimiento de Juana Inés. Había allí teólogos, abogados, filósofos, matemáticos, historiadores, poetas y humanistas. Había también muchos aficionados a estos estudios que sin poseer títulos se desempeñan muy bien en varias ciencias.

Concurrió la joven, que por entonces tenía diez y seis años, ante tan selecto tribunal; concurrió con su acostumbrada modestia, pero sin temor porque sacaba fuerzas de su ingenuidad y su pureza para no desmayar ante esos sabios de mosca, quevedos, y lúgubre apariencia.

Se le hicieron preguntas sobre filosofía, música, cuerpos celestes, historia griega, astrología, anatomía, moral, educación, y hasta lenguas indígenas — y a todas contestó con tal compostura y seguridad que los doctos se quedaron asombrados. Más de alguno sintió el despecho que toda excelsitud causa en los espíritus pequeños. El Marqués, que estaba presente en el certamen, felicitó

con alegría a Juana Inés, y no olvidó nunca un acontecimiento tan edificante. Años más tarde el Virrey describía así a un amigo el éxito de la doncella: "A la manera que un galeón real se defendería de pocas chalupas que le embistieran, así se desembarazaba Juana Inés de las preguntas, argumentos y réplicas que tantos, cada uno en su clase, la propusieron."

Juana Inés no se envaneció de este nuevo triunfo; al contrario, creía cosa natural haber salido airosa de tanta pregunta como le hicieron. Para ella cualquier mujer estudiosa podría haberse desempeñado de igual manera. Intimamente sintió la satisfacción de haberse impuesto a ese grupo de hombres "que sólo por serlo, son soberbios".

* * *

La vida de Juana Inés se deslizaba serena y clara, pero cierta brisa empezaba a rizar la superficie de ese lago. Un aura de selección envolvía toda su existencia; por todas partes se oían acerca de ella encomios y alabanzas. Mas ella continuaba sorda a todo elogio y recatada en su trato cotidiano. Pero Juana Inés sabía que el verdor de la juventud pasa como una rosa de verano; como el verde tierno del apio; que el mes de abril muere en su último día; que la mañana fenece en sí propia; que la belleza se estima sólo cuando se deja ajar; "que la buena cara de una mujer pobre es una pared blanca donde no hay necio que no quiera echar su borrón"; que la honestidad misma es un peligro porque hay ojos que en el hielo se deslizan más rápidos y penetran más.

Todo esto lo sabía esta preciosa joven y meditaba en ello según su propia seriedad lo dictaba. Porque si no ¿a qué esas miradas tan tiernas del bizarro capitán don Pedro Arias y Cortines? ¿Qué objeto tenían las redondillas que día a día la dedicaba ese petulante doctor titular de la cátedra de teología en la Universidad? Hasta el padre Diego de Ribera, tan venerable y tan santo le había escrito un soneto.

Juana se arrepentía de haber escrito esos sonetos en que analizaba tan exactamente el sentimiento del amor. Todo el mundo se preguntaba de dónde sacaba la doncella sus ideas y era inútil que ella dijera que de sus maestros Lupericio Leonardo, Petrarca, Rioja, Góngora. La virreina, la dulce "Laura", sabía que Juana

Inés llevaba una vida irreprochable, pero la vida de la corte es como un pueblo de abejas.

Una mañana clara, de esas de julio, cuando los indios entraban por las calles de México cargados de guirnaldas y ramilletes, cuando después de un fuerte aguacero brillaban los tejados y las calles, Juana Inés se acercó a la virreina y la dijo:

—Señora, tengo algo importante que decirnos.

La marquesa le echó los brazos al cuello exclamando:

—Si tienes alguna pena, amiga, desahógala en la confidencia. Tu hermana soy y como tal nadie podrá aconsejarte mejor.

—Ayer he conversado largamente con vuestro confesor y mío, y el padre Antonio Núñez está de acuerdo conmigo en lo que he decidido y voy a exponeros.

—¡Ay, y qué sería estás, querida Juana! —exclamó Laura, con alguna inquietud.

—Es el caso, señora, que deseo abandonar la vida de la corte y entrarme en el convento de las Carmelitas Descalzas.

La buena marquesa de Mancera se puso pálida. Por largo rato miró a Juana en los ojos y abrazándola de nuevo se echó a llorar, diciendo:

—¿Y qué te hace falta en palacio, amiga? El señor Virrey te ve como a la niña de sus ojos; yo venero el aire que respiras; mis damas de honor te rinden homenaje; todos los caballeros te adoran. ¿Qué más puedes desear, Juana Inés?

La niña, con lágrimas en los ojos, respondió:

—Todo lo que decís, señora, verdad es y yo soy una ingrata. Pero hace ya tiempo que quiero llevar mis pensamientos a regiones más altas; estoy cansada de homenajes y quiero huir de ciertas tentaciones. Ya os he dicho antes mi negación total para el matrimonio. ¿Para qué, pues, quedarme en lo que para mí debe ser puente y no lugar definitivo de residencia? Lo único que me ha hecho dilatar mi resolución de encerrarme es el miedo de alejarme de vos y de mi señor el Marqués.

—Se hará lo que desees, hija mía. Si Dios te llama a su servicio ¿quién soy yo para aconsejarte lo contrario? Tu fe te da fortaleza, pero yo me quedaré buscandote en la sombra de los aposentos y entre los árboles del parque, sola con mi soledad.

—No, Laura querida —contestó Juana—. En el convento vos y mi señor me visitaréis. No soy tan fuerte como decís; necesito vuestro cariño y vuestra ayuda.

Después de esta plática las dos amigas se separaron con el corazón oprimido, como dos viudas jóvenes, como dos notas separadas de una cuerda, como dos pájaros perdidos en la noche.

ARTURO TORRES-RIOSECO